

Fácil decirlo: ¡Una breve biografía! ¿Cómo puede una decidir qué escribe y qué omite? La brevedad, quiero dejarlo dicho desde el principio, nunca fue mi fuerte. Me gustan los detalles, los comentarios aparentemente superficiales. Para mí es importante todo aquello que se oculta en un segundo plano.

Los espacios de tiempo son mi segundo problema. Usted, señora Haschlerka, encontrará muy probablemente correcto que comience mi biografía el 2 de abril de 1982, el día que nací, aunque, en definitiva, personalmente no tenga ningún recuerdo de ese día. Fue, de todas formas, un viernes, eso ya se sabe. Daddy afirma que había llovido, pero mamá no vio en la ventana del paritorio ningún tremolar de las manchas de sol. Abuela, que ya entonces comenzó a influir en mi vida, todavía recuerda claramente que en la droguería de la calle Kladenska, donde entonces trabajaba, vendían orinales de colores con pequeñas ruedas. Algo totalmente novedoso por entonces en Praga. Inmediatamente me compró uno, pero como no podía decidirse entre uno azul y otro rosa, escogió, finalmente, uno verde, con lo que influyó enormemente en mi suerte y en mi gusto. Desde muy niña, amo el color verde. Me da fuerza, valor. Cuando no tengo puesto algo verde, sé que debo tener cuidado con la mala suerte y el fracaso. Entonces, cuando me caí de la torre de la iglesia en Ranow, llevaba puestos unos *jeans* azules y una camiseta

amarilla. Por eso me rompí la tibia y la clavícula. Pero, en el bolsillo del pantalón, se encontraba olvidada, por un afortunado descuido, una entrada de cine de color verde, totalmente arrugada y lavada. Por eso, sobreviví a la caída. Bueno, eso al margen.

De los primeros años de mi vida sé, dicho con brevedad, aproximadamente tanto como de los primeros años de la niñez de Shakespeare. Todavía más breve: Nada. Al parecer, hice algunas trastadas. Bueno, insignificancias como cualquier otro niño. Me tragué el hacha de un guerrero del *playmobil*. Yendo con mi padre, me perdí en la estación central de ferrocarril de Praga —me encontraron en Pilsen, en la Plaza del Mercado—. Me bebí el quitaesmalte de uñas de mamá. Olvidé cerrar el grifo y ocasioné una inundación en mi guardería. Corté un trozo de la blusa preferida de mi abuela, que se ponía para ir a la ópera, porque quería confeccionarle un vestido a mi muñeca. Me comí vitaminas para gatos, que acentuaban el crecimiento del pelo. De nada de eso puedo acordarme. Quizá sean mentiras. Quizá fui una pequeña niña educada, aburrida y los adultos, más tarde, se inventaron esas historias para meter algo de emoción en mi vida. O viví todo eso en una especie de sueño hiberna infantil, del que desperté en casa de la señora Libalova.

La señora Libalova tenía un cuello largo, cabellos sedosos, recogidos en la nuca con un pasador de plata. Dirigía un estudio de ballet en la cercanías del Parque de la Ciudad y me despertó del citado sueño hiberna o lo que fuera, abriendo un gran armario ropero y enseñándome toda una serie de tutús y falditas, que seguramente toda niña desea y muchos chicos, aunque tienen mala suerte porque no las conseguirán nunca.

Una de las falditas, que yo me encargué de señalar, era verde. El tutú me quedaba un poco bailando, pero mamá acortó las mangas y pagó mis clases de ballet. Ella, sin embargo, estaba demasiado ocupada para acompañarme. Lo que tenía sus ventajas. Sobre todo porque abuela era experta en cuestiones de ballet, ya que había bailado en la compañía del Teatro Nacional. Cuando la señora Libalova me gritaba los comentarios usuales por toda la sala, como: “Carolina, ¡tu espalda está rígida! ¡No hanches tu barriga como un globo! ¡Mete el culo! ¿Es que tu hombro izquierdo se ha cansado? ¡Respira en *relevé*, de lo contrario te pondrás azul!”, entonces abuela ni se asustaba de las duras expresiones de mi profesora ni tampoco de mi aparente inmovilidad, sino que practicaba conmigo aquellos movimientos y posiciones que me daban problemas.

Usted, señora Haschlerka, conoce bien Praga, así que no necesito describirle el camino desde nuestro barrio de Klarov hasta el Parque de la ciudad. En invierno, viajábamos en el tranvía; sin embargo, en primavera y otoño íbamos andando por la explanada del Letna. “Abuela, cuenta algo”, comenzaba yo a rogar todavía, por lo general, delante de la puerta de nuestra casa. Abuela se negaba al principio. Hacía como si el contar la agotara, la aburriera. Era solamente un juego. Ella lo hacía para volver sus historias más valiosas aún. En realidad, le gustaba contar historias porque, al hacerlo, recordaba sensaciones y a personas que, de lo contrario, habría olvidado. Por ejemplo, la gorda comisaria política, que, hacía muchos años, había ordenado a mi abuela ir a su despacho para comunicarle que no era posible mantenerla en la compañía de ballet del Teatro Nacional porque su marido, el de mi abuela, era un traidor y estaba en la cárcel.

“Yo no le he mandado allí”, le contestó abuela, que, desde siempre, daba buenas respuestas.

La oronda comisaria no sabía valorar la capacidad dialéctica de mi abuela. “El Teatro Nacional es el principal escenario de este Estado y nosotros no permitimos que en él haya empleados que apoyan la vieja ideología”, le aclaró. La vieja ideología, me explicó abuela, significaba vestir elegantemente, vivir cómodamente, querer viajar y comprar sin hacer cola y considerar equivocado que, en las escuelas, se dieran clases de ruso en lugar de francés, alemán, inglés y español. Quería decir, además, que uno no encontraba nada malo que los padres dejaran en herencia a sus hijos una casa, una granja o una empresa familiar. Como la imprenta del abuelo.

La imprenta, que abuelo había heredado de su padre, no era grande, pero marchaba bien. Cuando fue requisada después del golpe de 1948*, al principio se le permitió al abuelo seguir trabajando allí. Pero él no se callaba. En su trabajo, utilizaba la cabeza. Criticaba a la dirección comunista de la empresa. Explicaba a los trabajadores qué podían hacer distinto y mejor y por qué el nuevo director era un lameculos. Finalmente, el abuelo fue considerado como un enemigo del pueblo y metido en la cárcel con el fin de que se callara.

Así que, para la abuela, aquello significó ser despedida del Teatro y, en su lugar, cocinar la comida del mediodía en la cantina del colegio de la Plaza de la Libertad. A su hijo, mi Daddy, no le contó nada de la prisión del abuelo.

* En 1948, el Partido Comunista se hizo con el poder en la entonces Checoslovaquia. Siguieron represalias contra la población; entre otras, fueron requisadas propiedades privadas en interés del Estado.

Ella me confió, de camino hacia la clase de ballet, que no quería cargar su vida de niño con problemas innecesarios. Le dijo que el abuelo hacía un viaje de trabajo. Un viaje que, probablemente se alargaría bastante. Daddy tenía siete años de edad; la creyó. Sin embargo, un día en la clase de caligrafía, que a Daddy le gustaba especialmente porque tenía la caligrafía más bonita de la clase, el altavoz de la escuela interrumpió, de pronto, la clase. La voz del director de la escuela comenzó a leer, a los escolares y a los profesores, los nombres de los traidores y enemigos del pueblo cuyos actos habían sido juzgados en los últimos días. Era una larga lista. De pronto, emergió entre ellos un difícilmente confundible Anastas Rubesch. Daddy se quedó rígido. En un primer momento, pensó que había oído mal. Que era un error. Pero la profesora de caligrafía sabía que no era ningún error. Esperó el final de la alocución, después llamó a mi padre, lo puso delante de la clase y dijo: “Alumnos y alumnas: Aquí tenéis al hijo de un traidor y enemigo del pueblo, ¡miradlo detenidamente!”.

Todos miraron a Daddy y él no estaba seguro de lo que debía hacer. Normalmente, siempre sabía cómo defenderse en la pizarra, porque dominaba bien el cálculo y la escritura. Pero ahora nadie le preguntaba nada, nadie le ponía un ejercicio de cálculo y no podía decidirse si debía hacer una inclinación como cuando declamaba una poesía o cruzar las manos detrás de la espalda, como en los momentos en los que la profesora exigía silencio absoluto. Finalmente, no hizo nada, sólo estaba allí de pie y sonreía. Pero la profesora dijo: “No te rías, ¡no es nada divertido ser hijo de un traidor!” y le envió de nuevo a su banco.

Ciertamente, no era nada divertido. De un día para otro, todo cambió. De pronto, nadie quería ser amigo de

Daddy. Nadie quería acompañarle en el camino a la escuela. En la clase de gimnasia, ningún niño quería formar pareja con mi padre. Inicialmente, mi padre se convirtió en un apestado, después en un solitario y, finalmente, en un individualista. Y esto ha seguido siéndolo.

Quizá, la estancia en la cárcel del abuelo y el individualismo de Daddy no encajen directamente en mi breve biografía, pero están relacionados con mi vida, eso no me lo podrá usted negar, señora Haschlerka. Mire, si abuela no hubiera tenido que abandonar el Teatro Nacional, no habría tenido ninguna nostalgia de él. Si no hubiera tenido nostalgia del teatro, no me habría llevado a las clases de ballet con la señora Libalova. Si no me hubiera acompañado a las clases de ballet, no me habría contado tantas cosas durante el largo camino desde Klaroz hasta el parque. Y si ella no me hubiera contado tantas cosas, yo no sabría todo lo que había precedido a mi nacimiento. Aquellos acontecimientos que, probablemente, han influido en ella. Especialmente, ahí es donde Daddy no se me va de la cabeza.

Según la opinión de abuela, lo que más le costó a él entonces fue perdonar que le hubiera ocultado el trullo del abuelo. Por eso, no habló durante veinte días ni una sola palabra con ella. Pero, el día 21, cuando regresó de la escuela a casa, encontró una nota en la cocina: *Lo que no se utiliza, se atrofia* (¿quizá vuelan los pingüinos?). Daddy pensó un rato sobre la nota de la abuela, después se puso delante del espejo, sacó la lengua e intentó comprobar si,

en las últimas tres semanas, se había vuelto más corta. No estaba seguro, así que fue a buscar una regla y midió la lengua. Desde la raíz hasta la punta, medía seis centímetros y medio. Por la noche, solamente eran seis. A la mañana siguiente, después de despertarse, Daddy no pudo medir más de cinco centímetros. Abuela tenía razón.

“Buenos días, ¿qué hay para desayunar?”, dijo Daddy poco después cuando entró en la cocina.

“Gofres de mermelada de fresa”, contestó abuela. Daddy se sentó a la mesa. El gofre sabía muy rico, las fresas se deshacían en la lengua. El silencio se había roto. Un par de días más tarde, llegaron conversando al meollo del asunto. Abuela le explicó a Daddy que todo el asunto de la cárcel era una estupidez. Abuelo había sido condenado porque no se había dejado quitar la imprenta familiar sin resistirse. “Un ladrón no es una víctima gritando. Prefiere callarse”, dijo abuela. Y le aseguró a mi padre: “No pienses que esto se queda así. Toda injusticia sólo dura un tiempo limitado”. Cuando lo dijo, no pensaba seguramente que un tiempo limitado puede ser más largo que la vida de una persona. Las vidas, en ocasiones, son curiosamente cortas.

Después de que el abuelo enfermara en la cárcel, lo llevaron primero al hospital y después a casa. Ellos sabían que ya no iba a gritar mucho. Murió al cabo de un mes y aunque en el certificado médico pusiera tuberculosis como causa de la muerte, abuela sabía que abuelo había muerto por su silencio. Si se le hubiera dejado protestar por las circunstancias políticas de entonces en la república y por la robada imprenta, entonces él, como cree abuela mientras me lo cuenta, estaría todavía aquí. Me imagino a mi abuelo: Se sentaría en un banco en el muelle del Moldavia, daría de comer a las gaviotas de Praga y discutiría

con abuela. En realidad, yo lo conozco sólo de viejas fotografías, de hablarme sobre él y también un poco de mis miradas en el espejo, porque los dos tenemos la misma frente y forma de ojos y, como afirma abuela, una risa totalmente parecida. Ancha, clownesca, incivilizada.

La risa de Daddy es distinta. Ríe poco y con cuidado, como si no quisiera compartir con nadie su alegría. Seguro que es un resto de su infancia: Cuando la clase se alejó de él, mi padre decidió salir adelante sin los demás.

“¿Crees poder pasarte toda la vida sin amigos?”, intentaba convencerle abuela. Su comportamiento la irritaba. Ella tenía un montón de viejas amigas del ballet y nuevos amigos de la profesión que después ejercería. Además era amiga de dos o tres antiguos empleados de la imprenta del abuelo, de uno de sus compañeros del trullo y de muchos niños. En definitiva, de cualquiera cuya amistad ella valorara. “Sin amigos no solamente estás desnudo, sino que, además, eres pobre ¡e impedido de las dos piernas!”, le decía a Daddy. Éste sonreía. Él no podía imaginarse nada bajo amigo.

¡Ya sé, ya sé! Parece seriamente como si yo me ocupara más de mi padre y de mi abuela que de mí, pero si piensa al respecto, señora Haschlerka, comprobará que en ello no hay nada extraño. Tengo dieciséis años, lo que hasta ahora he vivido son episodios. Solamente puedo reconocer dónde se encuentra su origen si retrocedo bastante en el tiempo. Es como si usted quisiera desenterrar algo y no supiera exactamente la forma que tiene. Preferiría cavar más profundamente para no dañar el objeto buscado, ¿o no?

Cuando hoy observo a mi padre, me resulta difícil imaginarme qué aspecto tenía él con dieciocho años. En casa, solamente hay un par de fotografías de ese tiempo. En una de ellas, está con traje oscuro y corbata y lleva una carpeta en la mano. Abuela había encargado que le hicieran un traje para su cumpleaños y en la carpeta se ocultaba la nota de la reválida de Daddy. Era la mejor de toda la escuela y resultaba evidente por qué. Ciertamente, abuelo ya había muerto aunque seguía siendo un enemigo del pueblo y eso no le parecía a mi padre una buena recomendación para la Universidad. Pero él quería estudiar a toda costa, formaba parte de su plan. Y éste, a su vez, no era complicado; en realidad, únicamente tenía que ver con una sola palabra: Demostrar. Mi padre quería demostrarse a sí mismo, a los profesores y a los compañeros de clase, a todos, en definitiva, que se acordaba de su humillación en la clase de caligrafía, que él estaba preparado, que sabía todo. Mejor que nadie.

Cuando discuto con Daddy es por ese punto. Él no comprende que yo no necesito demostrar nada. Ni a mí ni a ningún otro. Mucho mejor, pruebo esto y aquello. Sencillamente así. Por divertirme. Pero ya volveré sobre esto.

Finalmente, mi padre realizó su plan. Terminó con éxito el estudio en la Escuela Técnica Superior y demostró a todos que no era un imbécil, solamente que no le valió para mucho. Quiero decir que había otras cosas que ahora tenían prioridad. Se escribía el año 1968. Y lo que sucedió entonces no necesito contárselo, señora Haschlerka. Por todas partes en Europa, los estudiantes estaban en huelga y se manifestaban.

Anunciaban que querían un mundo mejor que el que se les presentaba: Uno más justo, más humano y, sobre todo,

más libre. Tiene que haber sido un tiempo fabulosamente loco. Lleno de flores, música y marihuana. Daddy no fumaba marihuana y no tenía ninguna relación especial con las flores, pero sí se interesaba por la música. Era incluso miembro del teatro estudiantil *Piesplanos*. Hacían cabaret político y tenían éxito. Daddy tocaba la guitarra y cantaba: Nosotros, checos, somos una nación soviética y no tememos ninguna invasión rusa...

Sólo que los rusos, poco después, enviaron un montón de soldados y les quitaron las ganas de cantar a mi padre y a otros respondones; y, como usted también sabe, señora Haschlerka, los soldados tuvieron éxito, ciertamente no de inmediato, pero, después de dos, tres años, en Bohemia no se movía nadie. Daddy comenzó a trabajar como ingeniero en la fábrica de coches de Skoda. Sin que se callara totalmente. De vez en cuando, se reunía con sus compañeros del teatro *Piesplanos* y cantaban canciones burlonas y rebeldes en pequeños clubes de estudiantes. Pero alguien los denunció y se montó un gran espectáculo. Daddy fue detenido y condenado y tuvo que pasar año y medio en la cárcel. Si ya era poco divertido ser el hijo de un traidor, a mi padre le resultó todavía menos divertido estar él mismo en el trullo. Pronto se dio cuenta de que sólo se trataba de aguantar y no volverse loco. Lo consiguió, pero cuando salió, después de 18 meses, era distinto que antes: Había perdido no sólo los, ya de por sí escasos, pelos que le quedaban, sino que, además, casi se había quedado sin voz. Ya no cantaba y hablaba poco. Aquello que no se utiliza se atrofia, podría abuela haber escrito de nuevo y, de nuevo, hubiera tenido razón, sólo que ahora Daddy no tenía siete años y ya no era tan fácil convencerle. No fue admitido en la fábrica Skoda después de salir de la

cárcel y tampoco consiguió ningún otro trabajo, en consonancia con su calificación, en ninguna otra parte, así que guardó su diploma universitario en el armario y comenzó a trabajar en una gasolinera.

¿Lo ve? Yo no afirmo, señora Haschlerka, que mi forma de narrar sea la más precisa, pero no puede ignorar que solamente estoy por la página 17 y ya la he llenado de un montón de importante información. Todavía no he pisado personalmente la escena y, aun así, usted sabe todo sobre mí, excepto el transcurso de mi propia vida. Y a esto llegamos enseguida, no tema.

Ahora tengo un ejercicio para usted, señora Haschlerka. Frecuentemente, usted afirma que la fantasía es la piedra angular para todo. ¡Utilícela usted! Imagínesse una gasolinera, en el pico noroccidental de Praga, al lado de la vía del tren. Allí trabajan cuatro empleados, uno de ellos es mi Daddy. Lo reconoce por su cabeza calva y el trato amable. Cuando no atiende a los clientes, está sentado en una oficina acristalada y lee. Así lo vio por primera vez mi mamá. Ella llegaba a pie porque su Skoda 300 azul se le había quedado parado a trescientos metros de la gasolinera y rechazaba radicalmente ponerse de nuevo en marcha.

“Creo que no tengo ni una gota de combustible en el tanque”, anunció mamá cuando entró en la oficina acristalada. “¿Qué hacemos ahora?”.

Daddy desvió los ojos de su libro. Le sorprendía la pregunta formulada. Era una señal que la mujer en la puerta, de largo cabello color maíz, con anchos pantalones y

poncho mexicano, esperaba una participación activa en su suerte. No molestó a Daddy.

“¿Tiene un bidón?”, preguntó y se levantó. Mamá negó con la cabeza. Quizá ni siquiera supiera qué era lo que preguntaba Daddy. Conceptos como bidón, aro de retención, correa de transmisión sonaban, desde siempre, un tanto misteriosos en sus oídos.

“Podemos empujar el coche hasta aquí”, propuso ella. “Está allí, en la esquina de la calle”.

Daddy salió, cerró la oficina y, al lado de mamá, se dirigió hacia el Skoda azul. Por el camino, mamá le preguntó qué libro estaba leyendo. “Teoría de la cosmología”, contestó Daddy. Eso impresionó a mamá. Algo más tarde, mientras empujaban juntos el coche hasta la gasolinera, Daddy le preguntó hacia dónde se dirigía.

“Fuera de todo esto”, contestó mamá y señaló con la mano en dirección a las rocas moldavas detrás de la estación. Eso encantó a Daddy. A él le parecía que su interés por el Universo y la nostalgia de ella por transpasar los límites de todo, eran, en realidad, una y la misma cosa. En la gasolinera, le llenó el vacío depósito del Skoda y pidió a mamá educadamente que pasara por allí con más frecuencia.

Desde entonces, mamá repostaba con regularidad en la gasolinera junto a la vía del tren. Pronto comprobaría que le gustaban los ojos grisáceos, siempre un tanto sorprendidos, de Daddy y también la forma serena de relacionarse con la gente. Él hablaba y se movía como si tuviera toneladas de tiempo. A los dos meses, quedó con mamá para salir juntos.

“¡Por fin, te has enamorado!”, dijo abuela contenta cuando comprobó que, junto a la cama de Daddy, se encontraban los Sonetos de Shakespeare. Sus sospechas

no fueron ni confirmadas ni tampoco desmentidas. Daddy no hablaba con ella de su vida privada. Seguía viviendo en el piso de abuela, aunque, al salir de la cárcel, él se había vuelto todavía más reservado que antes. Al año y medio de conocer a mamá, la invitó a comer a casa.

“Hemos decidido que quizá nos casemos”, dijo Daddy sin más, mientras ella comía la ensalada.

“¿Quizá?”, preguntó abuela.

“Quizás pronto”, contestó mamá. No se habló más de ello.

Se casaron el 14 de agosto de 1979. El viaje de novios les condujo a las montañas de Silesia. De regreso, repostaron en una pequeña gasolinera en Ranow. En la puerta colgaba un letrero: ¡Buscamos gasolinero!

Daddy se dio la vuelta. Vio praderas detrás de la carretera y colinas que enmarcaban el borde del valle. También la torre de la iglesia y niños en la plaza de juegos de una guardería. “¿Qué te parece si nos viniéramos a vivir aquí?”, le preguntó a mamá. “En Ranow, puedo vender gasolina lo mismo que en Praga”.

Mamá asintió. “Y yo cultivaré rosas”, añadió mamá.

Probablemente, todo ello resultaría tremendamente fácil. Como un cambio que, de un día para otro, se puede llevar a cabo. Sin embargo, si se tiene en cuenta todo, el cambio duró once años. Once años hasta que Daddy tuvo suficiente dinero. Once años hasta que compró una parcela en Ranow, redactó un proyecto y comenzó a construir. Once años hasta que nosotros, tres mientras tanto,

comenzamos a vivir verdaderamente allí. Hasta entonces, mi mamá vivía, como antes, en Praga, daba clases de francés y alemán y, en su tiempo libre, leía mucho sobre rosas. Ella sabía que Daddy terminaría algún día la casa y que sería una casa bonita. A la vez, tenía claro que él se tomaría mucho tiempo, como siempre cuando hacía algo. A mamá no le molestaba. En ocasiones, Daddy la visitaba en Praga y siempre que se veían, hablaban de mí. Sentían que yo ya no estaba lejos, pero todavía no tenían una idea concreta de mí.

De pronto, mamá comenzó a engordar y su cara se cubrió de pequeñas nubes color canela.

“Le roba su belleza a la madre, será una chica”, anunció abuela.

“Tendrá el pelo rubio”, dijo Daddy y miró a mamá.

“Tendrá ojos grisáceos”, dijo mamá y sonrió a Daddy.

“Hablará francés y tocará el piano”, afirmó Daddy, que admiraba el talento de mamá.

“Un día, irá a la cárcel”, profetizó mamá, que valoraba muy alto la valiente actuación de papá en los clubes de estudiantes.

A partir de ese momento, solamente se discutía sobre mi nombre. Abuela había seleccionado el de Anastasia, como recuerdo del abuelo Anastas, pero a Daddy le sonaba demasiado ruso. Propuso Theresa. Sin embargo, mamá conocía a una Theresa y ésa tenía una barbilla triple y pesaba 115 kilos y, si se quería sentar cómodamente, tenía que juntar, por lo menos, dos sillas. Mamá temía que, con el nombre, se conjurara una suerte parecida. Finalmente, se decidieron por Carolina.

“Pesa 3,20 kilos, mide 50 centímetros y tiene un bulto en la cabeza”, anunció Daddy desde el hospital, después

de haberme visto por primera vez en aquella mañana de abril, de la que yo jamás averigüé si llovía o lucía el sol.

“¿Un bulto?”, preguntó abuela asustada al otro extremo de la línea. “¿Ha conseguido ya caerse?”.

Daddy le aseguró a la abuela que se trataba de una diminuta bolsa de grasa que desaparecería pronto. Por lo demás, era un precioso bebé sano y todas las enfermeras de la planta de recién nacidos estarían locas por mí. Eso tranquilizó a abuela. Colgó y se fue a comprar para mí el ya mencionado orinal verde.

Si yo ahora, con mis 16 años, tuviera que decir qué es lo que, verdaderamente, recuerdo de mi niñez citaríá, junto a las narraciones de la abuela y las clases de ballet con la señora Libalova, nuestras excursiones a Ranow. Nosotras, esto es, mamá y yo, viajábamos en autobús los sábados y abuela siempre nos abastecía para el camino. Freía unas chuletas, hacía una tarta y añadía también fruta fresca. En el viaje, yo intentaba conseguir que mamá hablara, pero raramente lo hacía. Parecida a Daddy, ella no era muy habladora. Miraba por la ventana y, como mucho, me señalaba hacia algo especial en el paisaje o en las aldeas.

Por lo general, una vez que nos habíamos bajado del autobús, descubríamos a Daddy inmediatamente. La estación de autobuses se encontraba directamente enfrente de la gasolinera y en cuanto la puerta se cerraba y el autobús reiniciaba el viaje, veíamos la cabeza calva de mi padre en uno de los expendedores de la gasolinera. Él